

El clima templado de la region elevada les proporcionaba el maguey (*Agave americana*), muchas de cuyas extraordinarias cualidades conocian, aunque no la mas importante de todas, como lo es la de producir un material con que se puede hacer papel. Tambien era el tabaco una de las producciones de esta elevada region. Sin embargo, el uso que de él hacian los peruanos era diferente del de todas las demas naciones de América que lo conocian, puesto que no lo empleaban sino como medicina en forma de rapé (1). Quizás lo reemplazaban en cuanto á sus propiedades narcóticas con la coca (*Erythroxylum peruvianum*), ó *cuca*, como la llamaban los indígenas. Este es un arbusto que crece como hasta la altura de un hombre. Se recogen sus hojas y se secan al sol, y mezcladas luego con un poco de cal, forman una composicion que se masca, muy parecida á la hoja del betel en Oriente (2). Con una pequeña cantidad de esta coca y con un puñado de maiz tostado, el indio peruano de nuestra época hace sus penosos viajes dia tras dia, sin cansancio ó á lo menos sin quejarse. Hasta los alimentos mas succulentos le son menos gratos que su predilecto narcótico. Bajo el imperio de los Incas se dice que se reservaba esclusivamente para las clases nobles. Si así era, á lo menos el pueblo ganó este goce con la conquista; y despues del período llegó este á hacer un uso tan general de la coca, que este producto llegó á ser uno de los ramos mas importantes de las rentas coloniales de España (3). Sin embargo, con todas las agradables cualidades de una opiata, se dice tambien que cuando esta hoja tan ponderada por los naturales se usaba con exceso, producía todos los efectos peligrosos de la embriaguez habitual (4).

Subiendo algo mas por los declives de la cordillera, mas allá de los límites del maiz y de la *quinua*, grano que se parece algo al arroz, y que cultivan mucho los indios, se encontraba la patata ó papa, cuya introduccion en Europa ha hecho época en la historia de la agricultura. Ya fuese indígena del Perú, ó importada de Chile, formaba el principal alimento de las llanuras mas elevadas en que dominaban los Incas, y su cultivo continuaba á una altura en las regiones ecuatoriales que era muchos miles de pies superior á los límites de la nieve perpétua en las latitudes templadas de Europa (5). Individuos silvestres de la misma familia se encontraban á mayor elevacion aun, y crecian espontáneamente entre los raquíticos arbustos que cubren las majestuosas pendientes de la cordillera, hasta que gradualmente la vegetacion degeneraba en musgos y una yerba amarilla y corta, *pajonal*, que, como una alfombra de oro, se extendía por la base de esos conos soberbios que se encumbraban hasta las

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XXV.

(2) La hoja picante del *betel* se mezcla tambien con sal para mascarla. (Elphinstone, Historia de la India, Londres, 1841, tomo I, p. 531.) La analogia de este goce social en el remoto Oriente y Occidente es muy singular.

(3) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Acosta, lib. IV, capítulo XXII.—Stevenson, Residencia en la América del Sur, tomo II, p. 65.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCVI.

(4) Un viajero (Pœppig) de quien se habla en una revista inglesa, trata largamente de los malos efectos que produce el uso habitual de la coca, y los compara á los que sufren los que mascan el opio. Estraño es que otros autores no hablen de esto. No recuerdo haberlo leído en ningun otro.

(5) Malte-Brun, lib. LXXXVI.

La patata, descubierta por los primeros que fueron á Chile, Perú, Nueva Granada, y en toda la estension de las cordilleras de la América del Sur, era desconocida en Méjico, otra prueba de que las naciones respectivas de los dos continentes ignoraban la existencia unas de otras. Humboldt, que ha consagrado mucha atencion á la historia primitiva de este vegetal, que ha ejercido una influencia tan importante en la sociedad europea, supone que su cultivo en Virginia, donde fue conocido por los primeros colonos, se introduciría de las colonias españolas del Sur. Essai Politique, tom. II, p. 462.

regiones del silencio eterno, cubiertos con las nieves de los siglos (6).

CAPITULO V.

Ganados del Perú.—Grandes Cacerías.—Manufacturas.—Habilidad mecánica.—Arquitectura.—Reflexiones finales.

UNA nacion que habia hecho tantos progresos en la agricultura, debía naturalmente haber hecho algunos tambien en las artes mecánicas, especialmente cuando, como sucedia entre los habitantes del Perú, su economía agricola exigía un grado no despreciable de destreza mecánica. Nótese en todas las naciones que los progresos en las manufacturas tienen relacion íntima con los progresos en la agricultura. Ambas artes se encaminan al mismo gran objeto de proporcionar al hombre todos los elementos necesarios para su existencia, para su comodidad, y en una sociedad mas adelantada, para sus goces; y cuando una de ellas ha alcanzado un grado de perfeccion que indica cierto adelanto en la civilizacion, la otra debe naturalmente encontrarse en un grado correspondiente de desarrollo; análogo al aumento de las demandas y de la capacidad de semejante estado. Los súbditos de los Incas, en su paciente y tranquila consagracion á las ocupaciones mas humildes de la industria que los ligaba al suelo en que habian nacido, se parecían mas á las naciones orientales, como los hindus y los chinos, que á los individuos de la gran familia anglosajona, cuyo arrojado carácter los ha lanzado á buscar la fortuna en el borrascoso Océano, y á entablar comercio con las regiones mas remotas del globo. Los peruanos, aunque poseian una gran estension de costa, no tenian comercio alguno exterior.

Tenian á pesar de esto ventajas peculiares para la fabricacion doméstica en un material incomparablemente superior á los que poseian las demas razas del continente occidental. Sabian tejer con la correosa fibra del maguey una tela que, como sucedia entre los aztecas, les servía como los tejidos de hilo. El algodón crecía con abundancia en el nivel bajo y ardiente de la costa; y les proporcionaba un vestido acomodado á las latitudes mas templadas del país. Pero del llama y de los otros animales de la misma familia sacaban un vellon muy útil para los climas mas frios de la region elevada, «vellon, dice un escritor célebre, mucho mas apreciable que el pelo fino del castor del Canadá, y que la lana de la *brébis des Calmoucks* ó de la cabra de Siria (7).»

De las cuatro variedades del carnero peruano, la del llama, que es la que mejor conocemos y la mas comun, es la que menos vale por su lana. Empleábase casi esclusivamente como acémila, cosa impropia al parecer de su pequeñez y de su poca fuerza, aunque es algo mayor que las demas variedades. Lleva un peso de poco mas de cuatro arrobas, y no puede andar mas que de tres á cuatro leguas al dia. Pero todo esto

(6) Mientras que el Perú, bajo el imperio de los Incas, poseía estos magníficos productos indígenas, y otros muchos menos conocidos de los europeos, carecía de otros de gran importancia, que, despues de la conquista, han florecido allí como si aquel fuera su terreno natural. Tales son el olivo, la parra, la higuera, el manzano, el naranjo, la caña de azúcar, etc. Ninguno de los cereales del antiguo continente se encontró en el nuevo. El primer trigo fue importado por una señora española de Trujillo, que hizo grandes esfuerzos por diseminarlo entre los colonos, cosa que tampoco desdiciaba el gobierno, sea dicho en honra suya. El nombre de esta señora era María de Escobar. La Historia, que se ocupa tanto en celebrar á los azotes de la humanidad, debe complacerse en conservar el nombre de uno de sus bienhechores verdaderos.

(7) Walton, Relacion histórica y descriptiva del carnero peruano (Londres, 1811), p. 415. La comparacion de este escritor se refiere á la lana de la vicuña, el animal de esta familia mas estimado por su vellon.

se halla compensado por el poco trabajo y gasto que ocasiona en su manejo y manutencion. El llama encuentra un fácil alimento en la yerba raquítica que crece en los costados y *punas*, ó llanuras elevadas de las cordilleras. La estructura de su estómago, como la del camello, le permite pasarse sin beber durante semanas enteras y aun meses. Su pezuña esponjosa, armada por la naturaleza con un especie de garra para que pueda sostenerse en la nieve, jamás necesita heradura, y la carga que lleva, descansa segura en su lecho, de lana, sin necesidad de cincha ó aparejo. Los llamas viajan en recuas de quinientos y aun de mil, y así, aunque cada individuo lleva poco, la totalidad es muy considerable. Toda la caravana anda á su paso regular, pasando la noche al aire libre sin que la temperatura mas fria le cause daño alguno, y caminando en orden admirable obedeciendo á la voz del conductor. Solo cuando lo cargan demasiado se niega á moverse este animal, y entonces ni los golpes ni los halagos pueden inducirlo á que se levante del suelo. Tan obstinado en sostener sus derechos es en esta ocasion, como dócil y manso generalmente (1).

La aplicacion de los animales domésticos al trabajo distinguía á los peruanos de las demas razas del nuevo mundo. Esta economía del trabajo humano sustituyéndole el del animal, es un grande elemento de civilizacion, que solo cede en importancia al que con la maquinaria suplía á ambos. Sin embargo, parece que los antiguos peruanos hacían menos caso de esta parte de la utilidad del llama que sus conquistadores españoles, y que le apreciaban especialmente, lo mismo que á los demas animales de su clase, por su vellon. El gobierno, segun ya lo hemos dicho, poseía rebaños inmensos de este ganado mayor, como lo llamaron los españoles, y del ganado menor, ó *alpaca*, confiados al cuidado de pastores que los conducían de una parte á otra del país, segun los cambios de la estacion. Estos viajes estaban arreglados con toda la exactitud con que el código de la *Mesta* determinaba los de los grandes rebaños trashumantes de merinos en España; y los conquistadores cuando desembarcaron en el Perú, se sorprendieron al ver una raza de animales tan parecida á la de su propio país en propiedades y hábitos y sometida á un sistema de legislacion que parecia copiado del de la Península (2).

Pero la mejor clase de lana era producto no de estos animales domésticos, sino de las otras dos especies, el *huanaco* y la *vicuña*, que vivían libres en las heladas cumbres de las cordilleras; donde era bastante comun verlos trepar por los picos cubiertos de nieve en que no existe ningun ser animado, exceptuando al condor, el ave gigantesca de los Andes, cuyas amplias alas se remontan por la atmósfera hasta la altura de mas de veinte mil pies sobre el nivel del mar (3).

En estas ásperas praderas el rebaño sin redil encuentra un alimento abundante en el *ichu*, especie de yerba que se encuentra en toda la estension de la

(1) Walton, Relacion histórica, etc., p. 25 y sig. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XVI.—Acosta, libro IV, cap. XLI.

Llama, segun Garcilasso de la Vega, es una palabra peruana que significa *rebano*. (Ibid., ubi supra.) Los peruanos no sacaban leche de sus animales domésticos, ni creo que ninguna otra tribu del continente americano usase este alimento.

(2) El juicioso Ondegardo recomienda enfáticamente la adopcion de muchas de estas leyes al gobierno español, considerándolas como perfectamente adaptadas á las necesidades de los indígenas. «En esto de los ganados pareció haber hecho muchas constituciones en diferentes tiempos, é algunas tan útiles é provechosas para su conservacion, que convendría que tambien se guardasen agora.» Rel. seg., MS.

(3) Malte-Brun, lib. LXXXVI.

gran cadena de la cordillera, desde el Ecuador hasta los límites del Sur de Patagonia. Y como estos límites señalan el territorio en que vive el carnero peruano, que nunca pasa al Norte de la línea, no parece improbable que esta planta misteriosa y pequeña sea tan importante para su existencia, que su faltá sea la principal razon que le haya impedido penetrar en las latitudes del Norte de Quito y la Nueva Granada (4).

Mas aunque vagaban así sin dueño por los ilimitados desiértos de las cordilleras, jamás se permitía al campesino peruano que cazase estos animales silvestres, que estaban protegidos por leyes tan severas como los ricos ganados que pastaban en los mas cultivados declives de la region elevada. La caza de las montañas y bosques era tan propiedad del gobierno, como si hubiese estado encerrada en un parque ó en un redil (5). Solo se permitía cazar los animales silvestres en ciertas ocasiones señaladas, en las grandes cacerías que se celebraban una vez al año bajo la superintendencia general del Inca ó de sus principales oficiales. Estas cacerías no se repetían en la misma parte del país sino una vez cada cuatro años, á fin de dar tiempo á que los animales se repusiesen de la destruccion causada en ellas. En la época señalada todos los que vivían en el distrito y en sus alrededores, muchas veces hasta el número de cincuenta ó sesenta mil hombres (6), se distribuían alrededor de manera que formasen un cordón inmenso que abrazase toda la estension del territorio en que se iba á cazar. Estos hombres iban armados con palos largos y lanzas, con los cuales hacían salir la caza de toda especie que se ocultaba en los bosques, en los valles y las montañas, matando sin compasion á las fieras, y arreando á los demas animales, que eran principalmente venados del país, huanacos y vicuñas, hácia el centro del vasto círculo, hasta que estrechándose este por grados, se concentraban los tímidos habitantes del bosque en alguna espaciosa llanura donde el cazador pudiese examinar cómodamente á sus víctimas, que no tenían ni donde ocultarse, ni punto alguno por el cual pudiesen huir.

Matábanse entonces los venados machos y algunas de las clases mas ordinarias de carneros peruanos; sus pieles se conservaban para los varios objetos útiles que con ellas se hacían generalmente, y su carne, cortada en tajadas muy delgadas, se distribuía al pueblo, que lo convertía en *charqui*, la carne seca del país que constituía el único alimento animal, como despues ha constituido el principal de las clases bajas en el Perú (7).

Pero no se mataba á la mayor parte de las vicuñas, que solían llegar hasta treinta ó cuarenta mil, sino que despues de esquilárselas cuidadosamente, se les dejaba escapar y volver á sus pastos solitarios de las montañas. La lana que así se recogía se depositaba en los almacenes reales, para repartirla despues en época oportuna al pueblo. La mas ordinaria se convertía en vestidos para su propio uso, y la mas fina era para el Inca; porque á nadie mas que á

(4) *Icha*, llamado en la «Flora Peruana» *Jarava*; clase, *Monandria Digynia*. Véase Walton, p. 17.

(5) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(6) A veces se reunían cien mil hombres cuando el Inca cazaba en persona, si hemos de creer lo que dice Sarmiento: «De donde habiéndose ya juntado cincuenta ó sesenta mil personas, ó cien mil si mandado les era.» Relacion, MS., cap. XIII.

(7) Relacion, ubi supra.

Nota del traductor. Ahora se hace este *charqui* en América con carne de vaca, se conoce bajo este nombre en la mayor parte del continente y se esporta en grandes cantidades á la isla de Cuba bajo el nombre de *tasajo*. En Chile y en Buenos-Aires se usa mucho mas que en el Perú, donde está muy distante de poderse considerar como el principal alimento de las clases bajas.

un noble Inca era permitido usar los tejidos finos de lana de vicuña (1).

Los peruanos manifestaban mucha destreza en la manufactura de diferentes objetos para la casa del soberano de este delicado material, hoy bastante conocido en Europa. Hacíanse con él pañolones, vestidos, y otras prendas del traje del monarca, y alfombras, colchas y colgaduras para los palacios imperiales y los templos. El tejido era igual por ambos lados (2); su delicadeza era tal, que tenía el brillo de la seda; y el esplendor de sus colores escitó la admiración y la envidia del fabricante europeo (3). Los peruanos hacían también otro tejido muy fuerte y duradero mezclando el pelo de otros animales con la lana, y eran muy diestros en los hermosos tejidos de plumas, aunque les daban menos valor que los mejicanos por la gran superioridad de los materiales de que disponían para otras telas (4).

Ni era menor en otros ramos la destreza mecánica de los indígenas. Todo hombre en el Perú tenía obligación de saber todas las artes esenciales á la comodidad doméstica. No se necesitaba un largo aprendizaje para esto cuando eran tan pocas las necesidades de los sencillos labradores súbditos de los Incas. Pero si esto hubiese sido todo, indicaría adelantos muy escasos en las artes. Había, además, ciertos individuos, á quienes se enseñaba cuidadosamente y se acostumbraba á aquellas ocupaciones que satisfacen las exigencias de las clases acomodadas de la sociedad. Estas ocupaciones, como todas las demás artes y oficios en el Perú, se trasmitían constantemente de padres á hijos (5). La división de castas, en este particular, era tan exacta como la que existía en Egipto ó en el Hindostan. Si este orden es contrario á la originalidad ó al desarrollo del talento peculiar del individuo, á lo menos conduce á una fácil y acabada ejecución, familiarizando al artista con la práctica de su arte desde la infancia (6).

En los almacenes reales y en las huacas ó sepulcros de los Incas, se han encontrado muchas muestras de trabajos curiosos y complicados. Entre estos hay vasos de oro y plata, pulseras, collares, y otros adornos para la persona; utensilios de toda clase, algunos de barro fino, y muchos mas de cobre; espejos de una piedra dura y pulimentada ó de plata brunida, con una gran variedad de otros objetos, muchas veces de forma grotesca, que prueban tanto ingenio como gusto é invención (7). El carácter de la inteligencia de los pe-

(1) Sarmiento, Rel., MS., loc. cit.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXXI.—Garcilasso, Com. Real, p. I, lib. VI, cap. VI.

(2) Acosta, lib. IV, cap. XLI.

(3) «Ropas finísimas para los reyes, que lo eran tanto que parecían de sarga de seda, y con colores tan perfectos cuanto se puede afirmar.» Sarmiento, Relacion, MS., capitulo XIII.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

«Ropa finísima para los señores Incas de lana de las vicuñas. I cierto fue tan prima esta ropa, como aurán visto en España: por alguna que allá fue luego que se ganó este reino. Los vestidos de estos Incas eran camisetas desta ropa, y unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas: y algunas de plumas de aues; otras de solamente la manta. Para hazer estas ropas, tuvieron y tienen tan perfectos colores de carmesi, azul, amarillo, negro, y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.» Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV.

(5) Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. VII—IX—XIII.

(6) A lo menos tal era la opinion de los egipcios, que atribuían á este arreglo de castas al origen de su particular destreza en las artes. Véase Diodoro, Sic., lib. I, sec. LXXIV.

(7) Ulloa, Not. Amer., ent. 21.—Pedro Pizarro, Descubridor y Conq., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV.—Condamine, Mém. ap. Hist. de l'Acad. Royale de Berlin, tomo II, pp. 434—436.

Este último escritor dice que durante mucho tiempo se

ruanos debía inclinarlos mas á la imitación que á la invención; á la delicadeza y exactitud de los pormenores, mas bien que á las formas atrevidas y á la hermosura y grandeza del plan.

Que ejecutasen todas estas obras difíciles con las herramientas que poseían, es cosa realmente maravillosa. Comparativamente era fácil fundir y aun labrar las sustancias metálicas, lo que hacían con admirable destreza. Pero que hubiesen dado pruebas de la misma facilidad al cortar las sustancias mas duras, como esmeraldas y otras piedras preciosas, es cosa que no admite fácil explicación. Sacaban grandes cantidades de esmeraldas de los estériles distritos de Atacama y esta materia inflexible parece haber sido tan dúctil en manos del artista peruano, como si se hubiera compuesto de cera (8). A pesar de esto los naturales no conocían el uso del hierro, aunque era sumamente abundante en el país (9). Las herramientas que usaban eran de piedra, y mas generalmente de cobre. Pero el material en que confiaban para la ejecución de sus trabajos mas difíciles, se formaba combinando una cantidad muy pequeña de estaño con cobre (10). Parece que esta composición daba al metal una dureza poco inferior á la del acero. Con su auxilio el artista peruano no solamente daba forma al pórfiro y al granito, sino que con su paciencia incansable llevaba á cabo obras que los europeos no se hubieran atrevido á emprender. Entre los restos de los monumentos de Canaz se ven unas argollas sueltas que atraviesan los labios de animales, y se mueven en todo sentido, siendo así que argollas y cabeza todo ello se compone de un solo y único trozo de granito (11). Es digno de observación que los egipcios, los mejicanos y los peruanos, en sus adelantos hacia la civilización, no hubiesen nunca descubierto el uso del hierro, que abundaba en sus respectivos países; y que cada uno de esos tres pueblos, sin conocimiento de los otros, hubiese encontrado una cosa que suplía su falta en una composición curiosa de metales que casi daba á sus herramientas el temple del acero (12); secreto que ha perdido, ó por mejor decir, que jamás ha descubierto el europeo civilizado.

Ya he hablado de la gran cantidad de oro y plata que se convertía en diferentes objetos de elegancia y utilidad para los Incas; aunque en realidad esta cantidad era poco considerable si se compara con lo que hubieran podido producir los tesoros minerales que encerraba el territorio, y con lo que despues ha sacado de él la avaricia mas sagaz y menos escrupulosa del europeo y sus descendientes. Los Incas sacaban su oro de los depósitos de los rios. También se sacaba

conservó en el real tesoro de Quito una colección de adornos macizos de oro admirablemente trabajados; pero cuando él fue á examinarlos, supo que se acababan de convertir en barras, para ser trasportadas á Cartagena de Indias, que á la sazón se hallaba sitiada por los ingleses. El arte de la guerra no puede florecer sino á expensas de todas las demás artes.

(8) Tenían turquesas también, y hubieran podido tener perlas, á no ser por la blandura de corazón de los Incas, que no querían arriesgar la vida de sus súbditos en pesca tan peligrosa. A lo menos así lo asegura Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXIII.

(9) «No tenían herramientas de hierro ni azero.» Ondegardo, Rel. seg., MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.

(10) Humboldt llevó á Europa una de estas herramientas metálicas, un escoplo que se encontró en una mina de plata abierta por los Incas no lejos del Cuzco. Analizándola se encontró que contenía 0,94 de cobre, y 0,06 de estaño. Véase Vues des Cordillères, p. 117.

(11) Sea de esto lo que fuere, dice M. de la Condamine, hemos visto en algunas otras ruinas adornos del mismo granito representando hocicos de animales, en cuyas narices perforadas había argollas de la misma piedra que se movían. Mem. ap. Hist. de l'Acad. Royale de Berlin, t. II, p. 452.

(12) Véase la Historia de la conquista de Méjico, libro I, cap. V.

en grandes cantidades el metal de las minas del valle de Curimayo al Nordeste de Caxamalca, y de otros puntos diferentes; y las minas de plata de Porco, especialmente, les producían una cantidad considerable de ese mineral. Sin embargo, no trataban de penetrar en las entrañas de la tierra abriendo un pozo, sino que escavaban simplemente una caverna en el declive de la montaña, ó cuando mas, seguían una veta horizontal á una profundidad muy corta. También ignoraban los mejores medios de separar el metal precioso de la escoria con que está unido, y no tenían idea alguna de las virtudes del azogue, mineral bastante abundante en el Perú, como amalgama para efectuar la descomposición (1). Fundían los metales en hornos que construían en las posiciones mas elevadas y mas sin abrigo, para aprovecharse de los fuertes vientos de las montañas. En fin, los súbditos de los Incas, con toda su paciente perseverancia hicieron poco mas que penetrar la costra, la cáscara exterior, si así puede llamarse, que cubría las cavernas de oro que se ocultaban en las tenebrosas profundidades de los Andes. Sin embargo, lo que recogieron en la superficie era mas que suficiente para todas sus necesidades; porque no formaban un pueblo mercantil, ni sabían lo que era dinero (2). En esto se diferenciaban de los antiguos mejicanos, que tenían una especie de moneda corriente de determinado valor. Pero en una cosa eran superiores á sus rivales americanos, ya que usaban el peso para determinar la cantidad de sus mercancías, cosa enteramente ignorada por los aztecas. Este hecho está comprobado por el descubrimiento de balanzas de plata; arregladas con perfecta exactitud, en algunos sepulcros de los Incas (3).

Pero la mejor prueba de la civilización de un pueblo, á lo menos tan segura como cualquiera otra, según se deduce de sus artes mecánicas, estriba en su arquitectura, que presenta un campo tan noble al desarrollo de lo bello y de lo grande, y que al mismo tiempo está tan íntimamente enlazada con las comodidades esenciales de la vida. No hay objeto alguno en que mas se prodiguen los recursos de los ricos, ó que estimule mas enérgicamente la invención del artista. El pintor y el escultor pueden desplegar su genio individual en creaciones de primer orden; pero los grandes monumentos del gusto y de la magnificencia arquitectónica son los que llevan el sello peculiar del genio de la nación. El griego, el egipcio, el árabe, el gótico; ¡cuánta luz no dan estos géneros diferentes sobre el carácter y condición de los pueblos que los han usado! Los monumentos de la China, del Hindostan y de la América del centro, todos indican un período en que no se había llegado á la madurez, en que la imaginación no estaba disciplinada por el estudio, y que por tanto en sus mejores resultados solo descubren esas aspiraciones mal encaminadas hacia lo bello que pertenecen á los pueblos semicivilizados.

La arquitectura peruana, que también llevaba en sí los rasgos característicos generales de un estado imperfecto de civilización, tenía sin embargo su carácter peculiar; y tan uniforme era este carácter, que los edificios de todo el país parecían haber sido fundidos todos en el mismo molde (4). Generalmente se cons-

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXV.

(2) Ibid., parte I, lib. V, cap. VII; lib. VI, cap. VIII.—Ondegardo, Relacion II, MS.

Esto, que pareció increíble á Bonaparte de la pequeña isla de Loo Choo, era aun mas extraordinario en un imperio grande y floreciente como el Perú, y el país por cierto que contenía en sus entrañas los tesoros que habían de dar algún día á Europa la base de su intensa circulación metálica.

(3) Ulloa, Not. Amer., ent. XXI.

(4) Es observación de Humboldt. «Imposible es examinar con atención un solo edificio del tiempo de los Incas sin reconocer el mismo tipo en todos los demás que existen en la su-

traían de pórfiro ó granito, y muy á menudo de ladrillo ó adobe. Este, que se formaba de trozos ó cuadrados de dimensiones mucho mayores que las de nuestro ladrillo, se hacía con una tierra pegajosa mezclada con yerbas correosas, y adquiría tal dureza con los años, que era insensible á las tormentas y al sol, mas irresistible aun, de los trópicos (5). Las paredes eran muy gruesas, pero bajas, y pocas veces se elevaban á mas de doce ó catorce pies. Pocas veces hablan los escritores de edificios que tuviesen mas de un piso (6).

Las habitaciones no tenían comunicación unas con otras, y generalmente daban todas á un patio; y como no tenían ventanas ni aberturas que las reemplazasen, toda la luz exterior tenía que entrar por la puerta. El hueco de estas se hacía de tal modo que los lados se acercaban uno á otro por la parte superior de tal manera que el dintel era mucho mas estrecho que el umbral, peculiaridad que también se encuentra en la arquitectura egipcia. La mayor parte de los techos ha desaparecido con el trascurso del tiempo. Algunos existen aun en los edificios menos importantes, y tienen una forma de campana muy singular, hecha con una composición de tierra y piedrecitas. Créese, sin embargo, que generalmente se componían de materiales menos duraderos, de madera y paja. Es indudable que algunos de los edificios mas importantes de piedra estaban techados con paja. Muchos parecen haber sido contruidos sin el auxilio de mezcla alguna; y algunos escritores sostienen que los peruanos no conocían ninguna especie de mezcla para construir sus edificios (7). Pero en los intersticios de algunos de estos se ha descubierto una tierra dura mezclada con cal que une á las piedras; y en otros en que lo bien ajustado de los grandes trozos de piedra no deja lugar al material mas ordinario, el ojo del anticuario ha visto los restos de una cola bituminosa muy fina, tan dura como la misma roca (8).

Obsérvase la mayor sencillez en la construcción de los edificios, que generalmente carecen de todo adorno exterior; aunque en algunos las enormes piedras tienen una forma convexa muy regular, y están adaptadas unas á otras con tan admirable exactitud, que á no ser por las estriaduras sería imposible descubrir la línea de unión. En otros la piedra está en bruto, como se sacó de la cantera, con las formas mas irregulares, pero con los bordes perfectamente trabajados y unidos unos con otros. No hay vestigios de columnas ni de arcos, aunque existen opiniones contradictorias sobre este último punto. Pero es indudable que aunque se hayan acercado algo á este sistema de

perficie de los Andes, en una extensión de mas de cuatrocientas leguas, desde mil hasta cuatro mil metros de elevación sobre el nivel del Océano. Parece que un solo arquitecto ha construido este gran número de monumentos.» Vues des Cordillères, p. 187.

(5) Ulloa, que examinó cuidadosamente estos ladrillos, dice que puede haber en su composición algun secreto hoy perdido; tan superiores le parecen en muchas cosas á los que nosotros hacemos. Not. Amer., ent. XX.

(6) Ibid., ubi supra.

(7) Entre otros véase Acosta, lib. VI, cap. XV.—Robertson, Historia de América (Londres, 1796), t. III, p. 215.

(8) Ondegardo, Relacion seg., MS.—Ulloa, Not. Amer., ent. XXI.

Humboldt, que analizó el mortero usado en los antiguos edificios de Cañar, dice que es una verdadera mezcla, compuesta de piedrecitas y una marga arcillosa. (Vues des Cordillères, p. 416.) El padre Velasco se entusiasma al contemplar «una especie de mezcla casi imperceptible,» compuesta de cal y de una sustancia bituminosa parecida á la cola, que se incorporaba con las piedras hasta el punto de unir las como si compusiesen una sola masa, y sin que pudiese descubrirse sino despues de un exámen escrupuloso. Esta composición glutinosa, mezclada con piedrecitas, hacía una especie de camino macadamizado que usaban mucho los Incas, y que era tan duro y casi tan pulido como el mármol. Hist. de Quito, tomo I, páginas 126—128.

construcción por la mayor ó menor inclinación de los muros, los arquitectos peruanos desconocían enteramente el verdadero principio del arco circular que descansa en su llave (1).

Lo que caracteriza la arquitectura de los Incas, según un eminente viajero, es «la sencillez; la simetría y la solidez (2)». Parecerá poco filosófico condenar la moda peculiar de una nación como falta de gusto, porque las reglas en que su gusto se apoya no son las nuestras. Sin embargo, hay en la construcción de los edificios peruanos una incongruencia que indica un saber muy imperfecto aun en lo tocante á los primeros principios de la arquitectura. Mientras que arreglaban escrupulosa y artísticamente sus grandes masas de pórfiro y de granito, eran incapaces de empalmar sus maderas, y en su ignorancia del hierro, no conocían mejor medio de sujetar sus vigas que atarlas con cuerdas de maguey. Resultado de esta misma incongruencia era que el edificio que estaba cubierto con paja, y sin una ventana para recibir la luz, resplandecía por dentro con tapicerías de oro y plata. Tales son las contradicciones de un pueblo atrasado en que apenas empiezan las artes á desarrollarse. No sería difícil encontrar ejemplos análogos en la arquitectura y disposición doméstica de los anglosajones, y aun posteriormente de los normandos.

Sin embargo, los edificios de los Incas se acomodaban al carácter del clima, y eran muy á propósito para resistir á estas terribles convulsiones de la tierra de los volcanes. La sabiduría de su sistema está comprobada por el número de esos edificios que aun subsiste, mientras que las construcciones mas modernas de los conquistadores están sepultadas en ruinas. Es verdad que esos mismos conquistadores han hecho mas daño á los antiguos y venerables edificios, en su ciego y supersticioso afán por buscar tesoros ocultos, que los mismos terremotos (3). Pero aun subsisten bastantes monumentos de esta clase para dar estímulo á las investigaciones del anticuario. Hasta ahora no se ha examinado, por decirlo así, mas que los que están á la vista, y según testimonio de los viajeros existen mu-

(1) Condamine. Mém. ap. de l'Acad. Royale de Berlin, tomo II, p. 448.—Ant. y Monumentos del Perú, MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.—Acosta, lib. VI, cap. XIV.—Ulloa, Viaje á la América del Sur, t. I, p. 469.—Ondegardo, Rel. seg., MS.

(2) «Sencillez, simetría y solidez; hé aqui los tres rasgos característicos que distinguen de una manera ventajosa á todos los edificios peruanos.» Humboldt., Vues des Cordillères, p. 415.

(3) El autor anónimo de las Antig. y Monumentos del Perú, MS., nos da de segunda mano una de esas tradiciones doradas que en épocas antiguas daban estímulo al espíritu aventurero. El cree que en este caso la tradición es digna de crédito. El lector juzgará.

«Es un hecho, dice, bien probado y generalmente creído que en la fortaleza del Cuzco existe un salon secreto donde se oculta un inmenso tesoro, que consiste en las estatuas de oro de todos los Incas. Vive aun una señora, doña Maria de Esquivel, la mujer del último Inca, que visitó este salon, y yo le he oído referir cómo la llevaron á verlo.

«Don Carlos, el marido de esta señora, no vivía con el lujo y esplendor digno de su elevado rango. Doña Maria se lo echaba algunas veces en cara, declarando que había sido engañada al casarse con un pobre indio bajo el título pomposo de Inca. Repitió esto tan á menudo, que D. Carlos exclamó una noche: Señora, ¿quereis saber si soy pobre ó rico? Ya vereis que ningún noble ni rey del mundo tiene tesoro mas rico que yo. Tapándole en seguida los ojos con un pañuelo, le hizo dar dos ó tres vueltas, y cogiéndola por la mano le hizo correr una distancia corta antes de quitarle el pañuelo. Al abrir ella los ojos ¡cuál fué su sorpresa! No había andado arriba de doscientos pasos, había bajado unos pocos escalones, y se encontraba en un gran salon cuadrangular, donde, colocadas en bancos alrededor de la pared, vío las estatuas de los Incas, cada una del tamaño como de un niño de doce años, y todas de oro macizo. También vío muchos vasos de oro y plata; en una palabra, según ella decía, era uno de los tesoros mas magníficos del mundo entero.»

chos mas en regiones del país mucho menos frecuentadas. Esperamos que algun dia serán examinados con tan buen éxito y á impulsos de un espíritu tan emprendedor como el del que ha explorado las soledades de la América del Centro y de Yucatan.

No puedo terminar este análisis de las instituciones peruanas sin hacer algunas observaciones sobre su carácter general y su tendencia, que, si contienen alguna repetición de observaciones anteriores, espero que se me perdonará en gracia del deseo que abrigo de dejar grabada en el ánimo del lector una pintura exacta y consistente en todas sus partes. En este exámen no puede dejar de sorprendernos la falta absoluta de analogía que existe entre estas instituciones y las de los aztecas, la otra gran nación que estaba al frente de la civilización en el continente occidental, y cuyo imperio en la parte del Norte fue tan notable como el de los Incas en la del Sur. Ambas naciones se establecieron en la region elevada, y empezaron su carrera de conquistas en épocas quizás no muy separadas una de otra (4). Y es digno de notarse que en América la region elevada que está al pie de las cumbres de las grandes cadenas de montañas fuese elegida para asiento de la civilización en ambos hemisferios.

Muy diferente era la política que siguieron las dos razas en su carrera militar. Los aztecas animados por el espíritu mas feroz, hacían una guerra de exterminio, señalando los triunfos con el sacrificio de hecatombes de cautivos; mientras que los Incas, aunque seguían la carrera conquistadora con igual tenacidad, preferían una política mas suave, sustituyendo á la violencia la negociación y la intriga, y tratando á sus antagonistas de modo que no se entorpeciesen sus recursos futuros, y que viniesen al seno del imperio como amigos y no como adversarios.

Su política con las naciones conquistadas presentaba un contraste no menos notable con la que seguían los aztecas. Los vasallos mejicanos estaban agobiados con contribuciones excesivas y conscripciones militares. Para nada se pensaba en su bienestar, y el único límite á la opresión era la fuerza del sufrimiento. Se les sujetaba por medio de fortalezas y guarniciones, y constantemente se les hacía sentir que no formaban parte de la nación, sino que se les subyugaba solamente como á pueblo conquistado. Los Incas, al revés, concedían en el acto á sus nuevos súbditos todos los derechos que disfrutaba el resto de la nación; y aunque los obligaban á conformarse á las leyes y usos del imperio, velaban por su seguridad personal y por su bienestar con paternal cuidado. Así ligada por los lazos del interés comun, la heterogénea población se sentía animada de un sentimiento, comun también, de lealtad, que daba mayor fuerza y estabilidad al imperio á medida que se extendían sus límites mientras que las varias tribus que fueron sometándose sucesivamente al cetro mejicano, sujetas solo por el lazo de la fuerza, estaban dispuestas á separarse en cuanto esa fuerza desapareciese. En la política de las dos naciones se descubría el principio del miedo en contraste con el principio del amor.

Los rasgos característicos de sus sistemas religiosos también eran totalmente distintos. Todo el panteon azteca participaba mas ó menos del espíritu sanguinario del terrible dios de la guerra que en él presidía y su frívolo ceremonial casi siempre terminaba con sacrificios humanos y orgías de cañibales. Pero los ritos de los peruanos pertenecían á un culto mas espiritual; porque el culto que se acerca mas al del Creador, es el de los cuerpos celestiales que al recorrer sus brillantes órbitas parecen ser los símbolos mas gloriosos de su bondad y de su poder.

En las artes mecánicas mas pequeñas, ambos pueblos poseyeron una destreza admirable; pero en la

(4) Ante, cap. I.

construcción de obras públicas importantes, de caminos, acueductos, canales, y en la agricultura en todos sus pormenores, á los peruanos corresponde la superioridad. Estraño es que estos se quedasen tan atras de sus rivales en sus esfuerzos por alcanzar un adelanto intelectual mas elevado, especialmente en la ciencia astronómica, y en el arte de comunicar el pensamiento por medio de símbolos visibles. Cuando consideramos la superioridad de los Incas en todos los demas adelantos, su inferioridad á los aztecas en estos ramos particulares solo puede explicarse suponiendo que estos sacasen su ciencia de la raza que los precedió en el país, de aquella raza misteriosa cuyo origen y cuyo fin se ocultan igualmente al investigador, pero que quizás, huyendo de sus feroces invasores, buscó asilo en aquellas regiones de Centro América los restos de cuya arquitectura nos enseñan hoy los monumentos mas agradables de la civilización de los indios. Con esta raza mas culta, con la que parece que tenían alguna semejanza los peruanos en su organización moral é intelectual, es con la que debe comparárseles. Si se hubiera dejado al imperio de los Incas extenderse al paso rápido con que iba adelantando en la época de la conquista española, quizás ambas razas hubieran llegado á chocar ó á unirse una con otra.

Los mejicanos y los peruanos, tan diferentes en el carácter de su civilización peculiar, ignoraban, según todas las probabilidades, la existencia unos de otros; y parece estraño que durante la continuación simultánea de sus imperios no hubiesen atravesado el espacio que separaba á las dos naciones algunas de esas semillas de las ciencias y de las artes que pasan de una manera tan imperceptible de un pueblo á otro. Entre tanto ofrecen un ejemplo interesante de los caminos opuestos que puede seguir la inteligencia humana en sus esfuerzos por salir de las tinieblas á la luz de la civilización.

Como mas de una vez he observado, se descubren mas puntos de analogía entre las instituciones peruanas y algunos de los gobiernos despóticos del Asia en su parte mas oriental; esos gobiernos en que el despotismo se presenta bajo formas mas templadas, y donde todo el pueblo, bajo el mando patriarcal de su soberano, parece no componer mas que una inmensa familia. Tales son los chinos, por ejemplo, á quienes se parecían los peruanos en su obediencia implícita á la autoridad, en su carácter suave aunque algun tanto terco, en la cuidadosa observación de las formas, en su respeto á los usos antiguos, en su destreza en pequeños trabajos, en su tendencia mas bien á la imitación que á la invención, y en su invencible paciencia que suplía en ellos la falta de un espíritu mas audaz para la ejecución de grandes empresas (1).

Otra analogía aun mas estrecha puede descubrirse con los naturales del Hindostan en cuanto á su división en castas, su adoración á los cuerpos celestes y á los elementos de la naturaleza, y su conocimiento de los principios científicos de la agricultura. También se parecían bastante á los antiguos egipcios en los mismos puntos, como igualmente en aquellas ideas sobre una existencia futura que los incitaba á dar tanta importancia á la conservación del cuerpo.

Pero en vano buscaremos en la historia de Oriente nada que se parezca al predominio absoluto que ejercían los Incas en sus súbditos. En el Oriente este pre-

(1) El conde Carli se ha divertido en señalar los diferentes puntos de semejanza que existen entre los chinos y los peruanos. El emperador de la China se llama hijo del cielo ó del sol. También manejaba un arado una vez al año en presencia del pueblo, en prueba del respeto con que miraba á la agricultura. Se señalaban los solsticios y equinoccios para determinar los periodos de las festividades religiosas. Son muy curiosas estas coincidencias. Lettres américaines, tomo II, pp. 7—8.

dominio se fundaba en la fuerza física, en los recursos exteriores del gobierno. La autoridad del Inca podía compararse con la del papa en la época de su gran poder, cuando la cristiandad temblaba ante los rayos del Vaticano; y el sucesor de San Pedro apoyaba el pie en la cerviz de los príncipes. Pero la autoridad del papa se fundaba en la opinión. Su poder temporal era nulo. El imperio de los Incas descansaba en ambos. Era una teocracia mas fuerte en su acción que la de los judíos; porque aunque la sanción de la ley pudiese ser tan enérgica en el caso de estos como en el de los peruanos, la explicaba un legislador humano, siervo y representante de la divinidad. Pero el Inca era á un tiempo mismo el legislador y la ley. No era simplemente el representante de la divinidad, ó como el papa su vice-gerente, sino que era la divinidad misma. La infracción de sus órdenes era un sacrilegio. Jamas hubo sistema de gobierno apoyado por sanción tan terrible, ó que obrase tan completamente en sus súbditos; porque alcanzaba no solamente á los actos visibles, sino á la conducta particular, á las palabras, á los pensamientos mismos de los vasallos.

No auxiliaba en poco á la eficacia del gobierno el que debajo del soberano hubiese un orden de nobles hereditarios que reconocían el mismo origen divino, y que colocados á una gran distancia de él, eran sin embargo infinitamente superiores al resto de la nación, no solo por su linaje, sino también, según parece, por su naturaleza intelectual. Estos eran los depositarios esclusivos del poder, y como su larga educación hereditaria los había familiarizado con sus deberes y asegurados la deferencia implícita de la multitud, eran agentes activos y útiles para ejecutar las medidas del gobierno. Todo lo que ocurría en la vasta extensión del imperio, tan perfecto era el sistema de comunicaciones, pasaba, por decirlo así, en revista ante los ojos del monarca, y mil brazos armados con una autoridad irresistible, estaban en todas partes dispuestos á ejecutar sus órdenes. ¿No era esto, como antes lo hemos dicho, el mas opresor de los despotismos y al mismo tiempo el mas suave?

Era el mas suave por la circunstancia misma de que era tan infinitamente elevado el rango del monarca, y la humilde, ó mejor dicho supersticiosa sumisión á su voluntad hacia inútil todo medio de coacción para que esta voluntad se ejecutase. La gran masa del pueblo aparecía á los ojos del monarca como poco superior á la condición de las bestias, y formada para suministrarle á él placeres. Pero por su misma impotencia, miraba á sus súbditos con sentimientos de compasión, como los que pudiera experimentar un amo bondadoso en favor de los animales confiados á su cuidado, ó para hacer justicia al carácter benévolo que se atribuye á muchos de los Incas, como los de un padre hacia sus hijos cuya tierna edad les impide aun mirar por sí. Las leyes tenían por objeto especial defenderles y asegurarles su bienestar. No se permitía ocupar al pueblo en trabajos que pudieran ser nocivos á su salud, ni se le agobiaba (¡triste contraste con su destino posterior!) con tareas impuestas, demasiado pesadas para su fuerza. Jamas eran las clases bajas víctimas del robo público ó particular, y una prevision benévola, velaba cuidadosamente por sus necesidades, y proveía á su subsistencia durante su estado de salud. El gobierno de los Incas, por arbitrario que fuese en sus formas, era verdaderamente patriarcal en su espíritu.

Todo esto es muy poco satisfactorio para la dignidad de la naturaleza humana. Lo que tenía el pueblo se le concedía como un favor, no como un derecho. Cuando una nación se sometía al cetro de los Incas, resignaba todos sus derechos personales, hasta los derechos mas caros al género humano. Con esta política estraordinaria, adelantado en muchos ramos de